

cidir á mostrarse riguroso. Sólo en lo más recio de sus disensiones quitó á los disidentes el lugar de sus reuniones. No por eso acreditaron muchos obispos menos pertinacia en no querer comunicarse con Cecilio, y su obstinacion les condujo desde el cisma á la herejía.

No parecería digna de ocupar á la historia una cuestion en la que no se ponía en tela de juicio ningún punto del dogma, si no hubiera agitado al imperio en el curso de tantos años. Algunos de aquellos sectarios, tomando el nombre de circonciones, se entregaron á graves excesos, tanto en sus doctrinas como en sus actos. Interpretando el Evangelio segun la letra que mata, no segun el espíritu que vivifica, pretendian realizar la igualdad sobre la tierra; quebrantaban en tumulto las cadenas de los esclavos, á quienes llamaban á ser partícipes de los bienes de sus amos; absolvían á los deudores, y mataban á los acreedores, sin emplear el hierro, por habérselo prohibido Cristo á Pedro, sino palos nudosos, á que daban el nombre de los Azotes de Israel. A las órdenes de jefes, á quienes llamaban capitanes de los santos, cometían violencias y ejercían sus venganzas al grito de ¡Gloria á Dios! Luego, cuando caía sobre ellos el rigor de las leyes, se libertaban por medio del suicidio, considerado entonces por ellos como un martirio; buscábanlo, pues, á menudo y lo sufrían con solemnidad. Semejantes fanáticos no podían ser reprimidos sin grande efusion de sangre.

Por otra parte, encarnizados los judíos, vinieron á las manos con los fieles; por eso Constantino, con intencion de refrenarlos, declaró libre á todo cristiano esclavo entre ellos, prohibiéndoles comprar hombres de toda clase en lo sucesivo, así como obligar á un cristiano á que se circuncidara, so pena de ser castigados en su persona y en sus bienes.

Las numerosas y extravagantes herejías, que el fermento del espíritu oriental habia producido en los dos primeros siglos, habian cedido el puesto á una nueva, más sencilla, más metódica, más peligrosa, y cuyas consecuencias fueron mucho más duraderas.

Al decir que el Verbo es la inteligencia divina, hijo único, como Dios, primogénito como tipo de las criaturas, parecia que la iglesia habia expresado todo lo necesario para demostrar

la identidad y explicar las relaciones entre el Ser Supremo, residiendo en el seno de un esplendor inaccesible y el Hijo encarnado. Sin embargo, algunos herejes, haciendo una mezcla de las doctrinas de Zoroastro, de la India y de la Cábala, habian supuesto una serie de emanaciones decrecientes, y pretendido que una de las ménos imperfectas habia descendido á Jesucristo hombre al tiempo de recibir el bautismo, ó bien, ateniéndose á Filon y á Platon, habian avanzado que desde su nacimiento, el *Logos*, ó la Sabiduría de Dios, se habia unido á la humanidad de Jesús.

Arrio, natural de la Libia (313), sacerdote y rector de una de las nueve iglesias de Alejandria, empezó á enseñar allí una doctrina diferente de la de unos y otros, llamando á Jesús la primera de las criaturas, no emanada de Dios, sino creada por su pura voluntad antes del tiempo y de los ángeles.

Así parecia poner de acuerdo á los dos opuestos bandos; pero admitido el hecho, ¿era divina ó humana la naturaleza de Cristo? Humana, respondían los herejes, sostenían los ortodoxos que era de la misma sustancia que Dios, Arrio, de una sustancia análoga.

Viendo Alejandro, obispo de Antioquia, que esta proposicion ocultaba sutil veneno, y sabiendo que el abuso de la elocuencia y de la dialéctica le adquiría prosélitos, pasó de las advertencias al castigo, y de concierto con muchos obispos degradó al sacerdote innovador, sin descuidar poner á las demas iglesias á cubierto contra la herejía. No por eso dejó de continuar Arrio sus predicaciones, que le ganaron los obispos de Africa y de Palestina; y como en una doctrina, cual la que enseña el cristianismo, no hay cuestion que no se haga práctica al momento, se mezcló á ella el pueblo y resultaron disturbios; burláronse los gentiles de estos debates y los parodiaron en el teatro.

Informado Constantino de lo que acontecia por el obispo de Nicomedia, que era favorable á Arrio, escribió á éste como al obispo de Alejandria «que su diferencia era, una vana disputa de palabras, nacida de la ociosidad, para el ejercicio del espíritu; que, vista la imposibilidad en que se hallaban de comprender cosas tan árdas y tan sublimes, adoptaran el

partido de reconciliarse.» No era, sin embargo, cosa tan frívola decidir si el autor del cristianismo era Dios, igual y consustancial al autor de todas las cosas, ó sólo á él semejante y conforme; porque si Cristo es ó criatura ó Dios diferente de su Padre, los que le adoran son idólatras ó reconocen dos dioses. Además, el deísmo puro se disfrazaba bajo esta apariencia de sutilezas escolásticas, y así el error tenía más eventualidades de ser propagado, atendido que concordaba con la reforma general de los antiguos cultos, y con las opiniones confusas que el sincretismo habia mezclado al dogma cristiano.

Reconociendo, pues, Constantino cuán seria iba haciéndose la discusion, tanto á causa de al fé que ponía en peligro, como por el ardor sedicioso con que sostenían su opinion los disidentes, convocó un concilio (325), no ya parcial, sino ecuménico, para cortar de una vez las dificultades. En su consecuencia invitó á los obispos de todo el imperio á trasladarse á Nicea en Bitinia, poniendo á su disposicion los caballos de posta, que no podían servir para los particulares, sino por concesion del emperador; y durante tres meses proveyó á los gastos de trescientos diez y ocho obispos, sacerdotes y acólitos, que acudieron á su llamamiento.

El papa Silvestre envió legados al concilio; muchos legos llegaron á apoyar con su saber una y otra causa. Hasta filósofos paganos se dirigieron á Nicea, ora por su aficion á los debates, ora por reirse de la discusion suscitada en aquella iglesia, que habia derrocado sus creencias. Pero lejos de ser una cosa risible, fué un espectáculo nuevo y maravilloso aquella asamblea de los representantes de todas las naciones, elegidos por los sufragios populares, sin otra consideracion que la del saber y de la virtud, reunidos para discutir libremente acerca de los mayores intereses de la humanidad, acerca de como convenia creer y como se debia obrar. Muchos de ellos llevaban sobre sus personas las gloriosas señales del martirio sufrido por la fé, que venían ahora á defender con la palabra; otros eran afamados por la ciencia, por su santidad y hasta por sus milagros.

En primera línea brillaban por un lado

Arrio, elocuente, hábil dialéctico, fecundo en expedientes sutiles, no desperdiciando ocasion ninguna de hacer triunfar su causa; por otro San Atanasio, simple diácono, y despues en el curso de muchos años el más celoso campeón del partido ortodoxo.

Remitíanse al emperador numerosas memorias en uno y otro sentido; hizo comparecer en su presencia á sus autores, y les dijo: *No debeis ser juzgados por los hombres, vosotros que teneis de Dios la facultad de juzgarlos á nosotros; remitid, pues, á él el cuidado de terminar vuestras diferencias, y reunios para deliberar sobre las cosas de la fé; y quemó los manuscritos.*

Despues de las discusiones interiores y secretas se abrieron las sesiones públicas (6 de Junio), á las que asistió personalmente el emperador con la majestad que reclamaba semejante asamblea y el respeto debido á tanta santidad. Entonces empezó la lucha de argumentos y de sutilezas; á fin de poner coto á éstas, adoptó el concilio una expresion platónica, declarando al hijo consustancial al padre; se redactó un símbolo, y Arrio fué condenado con los suyos.

Independientemente del dogma se ocupaban también los concilios de la disciplina. Así en el de Arlés se habia decretado que los cristianos no debían deponer las armas mientras disfrutara de paz la iglesia, absteniéndose de aparecer en el teatro y de guiar carros en el circo. El mismo concilio recomendaba á los fieles que se trasladaban á otras provincias, llevar consigo, á ménos que fuesen magistrados, cartas de su obispo en testimonio de su fé. En los concilios de Ancira y de Neocesaria se puso remedio á los males causados por la persecucion en cuanto lo permitían los tiempos; absteniéndose los sacerdotes y los diáconos de carnes por mortificacion, fueron invitados á gustarlas y á no rehusar las legumbres con sustancias crasas, á fin de no servir de apoyo á los que hacían consistir la devocion en esto. Por último, se prescribieron penas eclesiásticas para los pecados contrarios á la pureza que la iglesia queria mantener entre los fieles.

También fijó el concilio de Nicea el día en que se debia celebrar la Pascua. Bajo una apariencia frívola tenía esta cuestion gran impor-



tancia, porque confirmaba para siempre la separación del cristianismo y del judaísmo, y ponía el sello á la supremacía de la iglesia de Roma, haciendo adoptar generalmente el uso practicado por ella de solemnizar la Resurrección del Salvador el domingo en que cae la luna llena más próxima al equinoccio de la primavera ó el domingo siguiente.

Se pronunció la exclusión de las sagradas órdenes contra aquellos á quienes un celo excesivo impulsaba á hacerse eunucos; esta era la condena de la secta de los valesios, que existía á la sazón entre el Jordán y la Arabia. Prohibiendo á todo eclesiástico el cohabitar con mujeres, aunque se autorizara después á las diversas iglesias á seguir en esto sus usos particulares, si bien intimando á todos observar una extremada severidad de costumbres. Debieron ser los obispos instituidos por tres prelados á lo ménos de la misma provincia y confirmados por el metropolitano.

Las decisiones del concilio fueron notificadas á todo el imperio, y Constantino escribió con este motivo cartas más numerosas y largas que las que habían escrito hasta entonces sus predecesores. Además desterró á Arrio; pero al cabo de cuatro años fué indultado, á instancias de su hermana Constancia, en la incertidumbre de si había sido víctima de calumnias. Hasta escribió á Atanasio, ya obispo de Alejandría, á fin de que consintiera en admitir al hereje en su iglesia, á lo cual se negó decididamente. Sería prolijo referir las calumnias, las tramas, los conciliábulos con cuyo auxilio procuraron los arrianos perder á sus adversarios más enérgicos, y especialmente á Atanasio, que, acusado de impudicia, de violencias, de homicidios, fué llamado á disculparse ante un concilio congregado expresamente en Tiro. Previendo Atanasio el resultado, corre á Constantinopla y mantiene secreta su llegada para que no se le pueda negar una audiencia. Constantino, á quien se presenta de improviso en su viaje, aunque descontento al pronto de aquel encuentro inoportuno, quedó sorprendido de su energía y de su elocuencia, y le dejó exponer libremente la trama urdida en contra suya en el concilio.

Le acriminaron los padres con una acusación de nueva especie de haber detenido

los buques despachados desde Alejandría para abastecer á la capital. Aunque convencido el emperador de la inocencia de Atanasio, juzgó conveniente tenerle distante de su trono y le envió á la corte de Tréveris, donde permaneció veinte meses.

Entonces cobraron la ventaja sus adversarios, y Arrio, cuya fecundidad en expedientes era inagotable, no se cansaba de inventarlos. Unas veces clamaba contra la introducción en el dogma de un vocablo extraño á las Santas Escrituras, otras contra la presunción que había, en su concepto, de querer definir absolutamente cosas impenetrables; otras sustentaba sus opiniones delante de nuevos concilios; otras sorprendía al emperador, mal teólogo, con profesiones de fé capciosas; de tal manera que éste ordenó por último al obispo de Constantinopla recibir en la comunión á Arrio. Pero en el momento de dirigirse al templo el hereje, se sintió atacado de dolores de entrañas, y habiéndose retirado se le halló muerto en su sangre (336), ya fuera por milagro, por casualidad ó por delito.

No se extinguió el incendio con él, antes bien estalló con más violencia. Publicaron los arrianos diez y ocho símbolos en el transcurso de pocos años; decían en sentido contrario los concilios; se sucedían las persecuciones, ora contra un partido, ora contra otro, y se lamentaba de ello Hilario, obispo de Poitiers, en la forma siguiente: «Es deplorable y no ménos peligroso que haya tantos símbolos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, tantas fuentes de blasfemias como imperfecciones hay entre nosotros; porque hacemos símbolos á medida de nuestro antojo, y nos los explicamos segun nuestro capricho. Diferentes sinodos han desechado, admitido é interpretado la palabra *omousion*; dispútase donde quiera sobre la igualdad parcial ó total del Padre y del Hijo, y cada año ó más bien cada mes, aparecen nuevas fórmulas para explicar invisibles misterios. Nos arrepentimos de lo que se ha hecho, defendemos al que se arrepiente, reprobamos lo que habíamos defendido primero, condenamos en nosotros mismos la doctrina ajena, la nuestra en otros, y desgarrándonos mutuamente hemos sido causa de una recíproca ruina.»

## CAPITULO V

Teodosio

Animado de sentimientos más generosos y deseando sinceramente el bien público, Graciano, soberano del mundo á la edad de diez y nueve años, tuvo suficiente virtud para conocer que no podía sostener por sí sólo tamaña carga. Tenía delante de sí un millón de godos envanecidos por la matanza de cuarenta mil guerreros, habiéndoles entregado sus armas y sus caballos una victoria tan insigne, que uno de sus jefes exclamaba: *Por lo que á mí hace, estoy cansado de matar, y me extraña mucho que un pueblo que así huye delante de nosotros, ose todavía disputarnos sus bienes y sus provincias*. Detrás de él se agitaban los germanos amenazando las Galias. Mostrándose terribles los persas á una extremidad del mundo romano y los scotos á la otra; habiendo aprendido todos por experiencia que Roma podía ser vencida y que sus emperadores podían ser encadenados ó muertos.

Resolvió, pues, escoger para colega suyo, no á un niño, á quien la casualidad hiciera nacer bajo la púrpura, sino á un hombre de valor igual á la gravedad de las circunstancias, y fijó sus ojos en un desterrado, en un guerrero ofendido que no ambicionaba el trono, en el cual no pensaba siquiera. Ya hemos hablado muchas veces de Teodosio, nacido en España, que hizo triunfar las armas de Valentiniano en Africa y en Bretaña (376), pero á quien la rivalidad valió una desgracia y por fin la muerte.

Se había esmerado en dar á su hijo, llamado también Teodosio (nacido en 346) una educación liberal, al mismo tiempo que le acostumbraba con su ejemplo á la disciplina militar, y el mancebo tuvo numerosas ocasiones de acreditar su valor contra los más diferentes enemigos. Sus talentos militares y su denuedo sin igual, le valieron ser nombrado duque de la Mesia, que salvó de los sármatas; pero no le perdonó la envidia de los ciudadanos, y cuando su padre fué condenado á muerte se retiró á su patria, donde dividió su tiempo entre sus deberes de ciudadano y la tranquila administración de un vasto dominio que poseía en Cauca,

entre Valladolid y Segovia. Era padre de tres hijos, Arcadio, Honorio y Pulcheria.

Allí fué donde el Cincinato de la decrepita Roma oyó llegar hasta su morada (19 de Enero de 379) la voz de Graciano, que le llamaba ante todo á combatir en defensa del imperio, y á ser después partícipe del trono. Tenía el emperador bastante fé en Teodosio para temer que la venganza pesara más en su corazón que el bien público. Acababa de cumplir entonces 33 años, y el pueblo, que admiraba su varonil belleza, su ademan majestuoso, moderado por la gracia, recordaba agradablemente que su patria era la de Trajano y de Adriano, de quienes se esperaba que siguiera las huellas.

Tocáronle á Teodosio las provincias gobernadas por Valente, y además la Dacia y la Macedonia; Graciano se reservó la Galias, España y Bretaña. La Iliria occidental, la Italia y el Africa, quedaron en el nombre bajo la autoridad de Valentiniano.

El desaliento en que la derrota de Andriánópolis había sumido á los romanos, era mayor que el estrago efectivo, y hacia considerar como irremisiblemente perdido un imperio cuyos abundantes recursos bastaban á reparar más enormes desastres. Mas para no arrostrar un enemigo lleno de orgullosa confianza con tropas desalentadas, Teodosio estableció sus cuarteles en Tesalónica, desde donde podía observar los movimientos de los bárbaros y dirigir á sus tenientes. Hizo reforzar las guarniciones y aumentar los medios de defensa de las ciudades, restableció el orden y la disciplina, y reanimó el valor con ayuda de pequeñas escaramuzas que no tenían otro objeto que aguerrir á los soldados, poniéndoles de manifiesto que los bárbaros no eran invencibles.

Teodosio había comprendido como hombre prudente que un pueblo entero no podía permanecer en cuerpo de ejército por largo tiempo. Con efecto, á la muerte de Fritigerno, se diseminaron los godos por bandas, que, recorriendo el país en todas direcciones, destruían á su tránsito lo que no podían llevar consigo, y preparaban con aquellos momentáneos triunfos su futura ruina. En breve se suscitó entre ellos la discordia, prestándose poco los intereses particulares de cada una de sus tribus al pensa-